

FRANCESC CAMBÓ Y LA ECONOMÍA

Por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. José María Serrano Sanz *

Francesc Cambó fue uno de los personajes más interesantes y complejos en el escenario de la vida española en la primera mitad del siglo xx. Político controvertido, fue dos veces ministro y es personaje imprescindible para entender la crisis de la Restauración y sus secuelas. Catalanista convencido, español convincente en ocasiones y, a la vez, cosmopolita vocacional. Financiero de éxito, pero también hombre culto, mecenas, coleccionista y viajero infatigable. Activísimo hombre público, pronunció multitud de conferencias y discursos, escribió numerosos artículos en prensa, un interesantísimo diario de casi dos mil páginas con reflexiones sobre su pasado y su presente en los diez últimos años de su vida y hasta unos cuantos libros. Marañón dijo de él que era aún más interesante como hombre que como político.

Por supuesto, es imposible abarcar en una intervención como ésta toda la riqueza del personaje, así que me limitaré a darles, según mi perspectiva, unas pocas claves sobre su figura. En los próximos minutos les resumiré sumariamente los trazos más sobresalientes de su biografía y después me referiré, aún con mayor brevedad, a su relación con la economía.

LA VIDA DE CAMBÓ

Nació el 2 de septiembre de 1876 en Verges, un pueblo ampurdanés, aunque la familia vivía en Besalú, más al interior de Girona, donde transcurrió su infancia. Nació con la Restauración y ése fue el paisaje político de su vida,

* Sesión del día 8 de octubre de 2024.

pues, si bien sobrevivió al régimen, la República, la guerra civil y la posguerra, hasta su muerte en Argentina en 1947, no fueron sino el epílogo de lo que él mismo llamó sus mejores años, que situó con precisión entre 1895 y 1930.

La familia de Cambó era de «propietarios y comerciantes», explicó en sus Memorias, sobre todo comerciantes, había aclarado Josep Pla, autor de una de sus varias biografías. Con antecedentes carlistas en la familia, muy comunes en la zona, el padre había evolucionado hacia el liberalismo de Cánovas; «en aquel tiempo y en aquel ambiente ser canovista era ser ultraliberal», dijo Cambó. De manera que la política estuvo desde el principio en su horizonte vital, y en el primer año de estudiante de Derecho en Barcelona se afilió –para contentar al padre– a la Juventud Conservadora. Pero ya durante el bachillerato se había producido su «conversión» a un catalanismo todavía más romántico que político.

A comienzos de los noventa inició los estudios universitarios en Barcelona y hasta 1907 en que traslada a Madrid el centro de su protagonismo político, vivirá una época plena de aprendizaje y activismo. Son los años de la transición de un catalanismo predominantemente cultural, con proyección política escasa y difusa, a otro que acaba siendo pieza clave del mapa político del Principado tras la fundación de la *Lliga*. Cambó fue catalizador de esa transformación y, a pesar de su juventud, una figura decisiva del movimiento, junto con Enric Prat de la Riba. Probablemente, porque aunaba la capacidad organizativa propia del buen político con una oratoria eficaz y notables dotes de agitador.

Fue elegido diputado al Congreso por primera vez en 1907 en la coalición *Solidaritat*, pero no pudo incorporarse hasta unos meses más tarde, a consecuencia de las heridas que le había producido un atentado en Hostafranch dos días antes de las votaciones. Desde ese momento hasta 1936, en el poder o en sus aledaños, en la oposición e incluso en un ostracismo ocasional más o menos severo, Cambó no dejará de ser una primera figura en el escenario político nacional.

A su llegada a Madrid en 1907 el escenario político estaba dominado por el Gobierno largo de Maura, el primero de los dos intentos serios –pero, al cabo, frustrados– de renovación de la vida política española a comienzos de siglo, junto con el posterior de Canalejas. Después, en los poco más de diez años que median entre el magnicidio de la Puerta del Sol y el golpe de Primo de Rivera, se sucederían múltiples gobiernos que vivían al día, sin encarar cuestiones de fondo ni plantear estrategias de largo plazo, imposibilitados por divisiones estériles pero eficaces. Nada menos que diecinueve presidentes del Gobierno se sucedieron en apenas once años. Esa crisis política se vio agravada por los problemas africanos que afectaron a España, sin olvidar que fueron también tiempos de graves tribulaciones en la escena internacional, con la Gran guerra y las múltiples crisis que sacudieron a la Europa de entreguerras. Ese fue el escenario en que actuó Cambó en el cénit de su vida política.

La historia de Cambó en tales años es también el relato de una frustración. Su objetivo emblemático, la autonomía de Cataluña, quedó limitado a una Mancomunidad que siempre le supo a poco. Su ambición de algunos momentos, reconducir el destino de España, no tuvo siquiera ocasión de intentarla, sino marginalmente, en aquel continuo vaivén de gobiernos, proyectos y situaciones.

Fue dos veces ministro brevemente, en Gobiernos de coalición presididos por Maura, una en Fomento en 1918 y otra en Hacienda en 1921, y en ambos casos dejó impronta de gobernante competente. Entre realizaciones, estudios y proyectos, demostró Cambó que no era sólo hombre de partido, agitación, intriga o parlamento como la mayoría, sino político capacitado para gobernar, bien diferente de cuantos en aquellos años saltaban de una a otra poltrona sin apenas dejar huella. Pero era un magro balance para un político apasionado por el gobierno y la gestión.

¿Cuál fue la causa de que el Cambó más ambicioso no triunfara? En el propio autor y en la abundante historiografía sobre su persona se ha respondido por dos vías a esta pregunta. La más sencilla es revisar las dos ocasiones en que tuvo más a su alcance el poder y explicar lo ocurrido. La más compleja es analizar su trayectoria completa.

En cuanto a la primera. Carlos Seco Serrano llamó «su momento decisivo» a noviembre de 1922, cuando Alfonso XIII le ofreció la presidencia del Consejo a cambio de que moderase su catalanismo, y él lo rechazó indignado, según explica en sus Memorias. Sin embargo, es más probable que aquella oferta nunca fuera una verdadera oportunidad, porque le llegó a un Cambó profundamente decepcionado, a causa, en sus palabras, del «envilecimiento a que había llegado en los últimos años la vida política española, así en el Gobierno como en el Parlamento». El propio Maura apenas tuvo respuesta para la consulta reservada que Alfonso XIII le hizo en el verano de 1923 sobre la situación. Cambó, además, estaba convencido de que su política se enfrentaba [cito] a una «doble intransigencia que la hacía ineficaz: el asimilismo castellano y el separatismo catalán».

Una nueva ocasión tuvo a la salida de la Dictadura. En su biografía Jesús Pabón lo resumió concisa y dramáticamente: «Aquella fue su hora». Cambó temía lo que pudiera ocurrir en aquel momento, aunque también era consciente del enorme margen de maniobra de quien tuviera el poder: cabía plantear otra Constitución, nuevos partidos y hasta la autonomía de Cataluña. Se preparó, trató de acondicionar el terreno para que la ocasión fuera suya y pudo conseguirlo, aunque, de acuerdo con su propia explicación, una grave enfermedad –un cáncer en la garganta descubierto precisamente en enero de 1930– le impidió asumir el protagonismo que tenía a su alcance. Algún historiador como Riquer, en cambio, considera que fue más un cálculo político, al pensar en las dificultades objetivas de la situación.

En cualquier caso, alejado del primer plano por las operaciones quirúrgicas y el tratamiento correspondiente –con éxito al cabo– siguió los acontecimientos de cerca tratando de influir. En 1930 se entrevistó varias veces con el rey Alfonso XIII y se reconcilió con Santiago Alba, enemigo de la Dictadura y en otro tiempo su gran rival, tratando de convencerle de que asumiera la presidencia del Consejo. En los primeros meses de 1931 se negó a firmar el manifiesto de Ortega en pro de la República, apoyó al Gobierno del almirante Aznar situando al fiel Joan Ventosa, nuestro compañero, en Hacienda y creando un nuevo partido de ámbito español, el Centro Constitucional, que debía liderar la renovación de la monarquía y conseguir la autonomía para Cataluña.

Pero no era suficiente y por eso, al cabo del tiempo, sentenció sobre ese preciso momento: «Fue aquel año uno de los más funestos de la historia de España». Para él lo ocurrido después, incluida la guerra civil, tenía sus raíces en los errores cometidos entonces y en su propia impotencia para cambiar el curso de las cosas.

Hay una segunda perspectiva posible para analizar por qué no tuvo éxito, como decíamos, y es que fueron sus propias contradicciones las que lo paralizaron. En sus Memorias se refirió [cito] a «este complejo ideológico que después ha sido siempre una característica y quizá un estorbo de mi actuación política: sentimentalmente yo era un catalanista apasionado y fervoroso; cerebralmente, la ideología conservadora de Cánovas con su sentido de autoridad y jerarquía, me parecía la forma única del buen gobierno». Y define sus cuatro puntos cardinales, entre los cuales, a la postre, quedó atrapado: conservador y romántico, gubernamental y revolucionario. Tensión que Alcalá Zamora había simplificado en frase célebre: «No se puede ser a la vez Bolívar de Cataluña y Bismarck de España».

Cambó nunca renunció a intervenir en la política española, ni a ganarse aliados fuera de Cataluña, una notable y esclarecedora diferencia con el catalanismo de nuestros días. Entre 1917 y 1919 recorrió diversas regiones españolas tratando de animar movimientos regionalistas que pudiesen apoyar su visión de una España nueva en la que también sería más fácil conseguir la autonomía catalana. Nunca abandonó esa perspectiva, como muestra el proyecto de Centro Constitucional en 1930 o las conversaciones con Gil Robles en la República y la posguerra.

Pero en sus años finales se preguntó si no habría sido más eficaz una alianza abierta con el Maura del Gobierno largo. «Si en aquel periodo yo me hubiese juntado con Maura, el cual sin ninguna duda me hubiese proclamado su segundo... con derecho a futura sucesión, se habría producido en España una inmensa satisfacción... y probablemente habría cambiado el curso de la historia de España y se habrían evitado muchos desastres que después hemos

tenido que lamentar». Eso mismo opinaba Gaziell en su breve pero interesante semblanza, en la que habla de aquel momento como «la encrucijada decisiva» de Cambó (obsérvese que, en realidad, era la primera de sus tres llamadas ocasiones) y lamenta que su decisión fuera la equivocada.

La decepción de Cambó con la política al comenzar los años veinte iba en aumento, al tiempo que su tensión interna fue decantándose, con el paso de los años, en favor del conservadurismo, aun sin abandonar nunca el catalanismo. En sus *Meditacions* insiste una y otra vez en el tema e incluso fija una fecha para el cambio. «Mi vida puede dividirse en dos partes: en la primera lo que más me atraía era la acción; en la segunda, lo que me atrae es la meditación y el estudio», escribía en 1937 y situaba en 1919, tras el fracaso de la campaña por la autonomía, la frontera entre la una y la otra.

No era toda la verdad, según confesó en otro momento en una de las entradas más dramáticas de sus *Meditacions* el 4 de septiembre de 1941, titulada «Por qué yo soy desgraciado» donde escribió [cito]: «Desde hace años, muchos años, que yo soy desgraciado. Lo soy desde 1931, cuando se proclamó la República en España, con un paréntesis que va del otoño de 1933 a febrero de 1936, cuando las elecciones dieron la victoria al Frente Popular. Mi desgracia, mi íntimo desconsuelo lo produce el hecho de verme privado del ejercicio de mi vocación... En breve: yo soy un político y un político nato. Lo era de pequeño y lo he sido siempre». La política era para él un destino inevitable, aunque ya imposible; atrás quedaban aquellos pensamientos más olímpicos cuando hablaba de dedicarse a la meditación y el estudio.

En todo caso, volviendo a comienzos de los veinte, en enero de 1923 manifestó que estaba madurando la idea de alejarse de la política un tiempo, y, cuando en junio, la *Lliga* perdió las elecciones provinciales en Barcelona, siendo vencida por la más radical *Acció Catalana*, Cambó lo tomó como una censura personal casi definitiva del electorado a su política de moderación. Fue el momento oportuno para dimitir como diputado, dejar la Comisión de Acción Política de la *Lliga* y hasta plantearse el abandono definitivo de la política.

Para entonces su situación personal había experimentado un cambio radical, porque se había producido la creación de la CHADE (Compañía Hispano Americana de Electricidad), acordada el 20 de febrero de 1920, «día señalado en mi vida», escribió, pues fue el origen de su importante fortuna. Hasta entonces había vivido de su despacho de abogado, de la participación en algunos Consejos de administración y de los rendimientos de inversiones menores. Aunque había empezado a adquirir relaciones con empresarios y financieros, no solo españoles sino internacionales, que le fueron muy útiles al término de la Gran guerra para participar como protagonista en aquella audaz operación.

La DUEG, empresa que suministraba energía a Buenos Aires y una de las eléctricas más importantes del mundo, era una empresa alemana que corría el riesgo de ser incautada por los aliados en el marco de las reparaciones de guerra, como había pronosticado el propio Keynes en *Las consecuencias económicas de la paz*. Transformada formalmente en la española CHADE desaparecía el peligro. Los antiguos propietarios habían sido los ideólogos del plan, habían elegido España como domicilio para la nueva empresa y a Cambó como hombre de confianza para gestionar la operación. En la elección de España pesó, además de la neutralidad en el conflicto, la cercanía cultural con Argentina y la fortaleza y estabilidad de la peseta en aquellos momentos. En la elección de Cambó contaron su importante posición como hombre público y sus buenas relaciones con Walter Rathenau, el propietario de AEG, y Dannie Heineman, el hombre fuerte de SOFINA, los verdaderos dueños. Cambó diseñó en poco tiempo un consorcio con los principales bancos españoles que aportaron el capital para la operación y en junio de 1920 se constituyó formalmente en Madrid la CHADE, mucho antes de que la amenaza de expropiación se pudiera hacer realidad.

La importancia de la empresa y su extraordinaria rentabilidad por largos años convirtieron a Cambó en alguien verdaderamente rico, le permitieron cerrar su despacho de abogado y lo transformaron en un hombre de negocios con reputación internacional, que en pocos años pasó a ser miembro de otros importantes Consejos, como el de SOFINA, y a tratar asiduamente a los grandes financieros europeos. Cuando la Sociedad de Naciones convocó la Conferencia Económica Internacional de Ginebra de 1927, para examinar el mundo de posguerra, invitó a intervenir a Cambó como uno de los principales expertos y hombres de negocios del momento.

Mientras tanto, en la política española había comenzado una nueva etapa, la Dictadura. No se sabía entonces, naturalmente, pero el mundo de la Restauración había concluido; sólo quedaba el triste epílogo de 1930-31. La República, que vino poco después, era ya otra historia. Irónicamente, Primo de Rivera consiguió su proclamado objetivo de acabar «con la vieja política», aunque esto incluyó a la propia monarquía. En el fragor de la lucha en aquellos años se llegó a atribuir a Cambó un papel de orientador de la Dictadura; «el Gentile de Besalú», lo denominó Maurín, aunque, para Pabón, era una tesis «desmesurada».

En realidad, la Dictadura, al privar a Cambó de un protagonismo político directo en el día a día, le hizo adquirir una imagen crecientemente alejada de político del viejo régimen y, en cambio, pareció ser cada vez más un «gran señor», acaso su vocación soñada, en palabras de Marañón. Cuando Cambó escribía en los años veinte sobre el cambio de la peseta no lo hacía el antiguo ministro de Hacienda, sino el gran financiero respetado en Europa. Esto le debía preparar para ejercer un papel importante a la salida de la Dictadura, que estabilizaría la situación, pero no tuvo éxito.

El fracaso final, materializado en las elecciones municipales del 12 de abril, lo percibió Cambó como propio, al punto de asumir un voluntario exilio el mismo 14 de abril. Había vivido las elecciones en Barcelona, marchó al día siguiente a Madrid para seguir de cerca los acontecimientos y salió desde allí en el expreso de la noche del 14 con destino a París. No había sido un monárquico de fe, sino más bien un conservador que temía la inestabilidad asociada a un cambio de régimen, especialmente a partir de los años veinte, cuando su posición se había hecho cada vez más cautelosa y menos proclive a las aventuras. Era un político lúcido y al llegar la República percibió el derrumbamiento de su mundo, el riesgo de los primeros momentos y su falta de sitio en la nueva situación. Una perspectiva de la que discrepaba Gaziel, para quien, de todos modos, podía y debía haberse hecho con la situación. También Josep Pla, que ejercía como su hombre de confianza en Madrid, parecía esperarlo.

Estuvo en Francia hasta octubre de 1932, cuando regresó a España, de donde salió de nuevo a principios de julio de 1936 para tomar unas vacaciones, pocos días antes del inicio de la guerra civil. En esos casi cuatro años republicanos su papel atravesó diversas etapas, las del propio régimen, aunque fue claramente menor que en la monarquía. Cierta protagonismo lo recuperó entre noviembre de 1933 y febrero de 1936 cuando de nuevo fue elegido diputado en las Cortes españolas. Buscó entonces un entendimiento con los principales partidos de la derecha republicana, el Radical y la CEDA, aunque apenas llegó a conseguirlo. En los acontecimientos de octubre de 1934 apoyó al Gobierno contra el levantamiento de la *Generalitat*, se felicitó de que los catalanes no se hubieran sumado a los dirigentes de *Esquerra* y pidió por ello –y consiguió, gracias a Lerroux, según su testimonio– que no se suprimiese la autonomía, castigando a todos por el error de unos pocos.

Ante las elecciones de febrero de 1936 Cambó, preocupado porque el sistema electoral republicano premiaba a las mayorías, aceptó que la *Lliga* se uniese con el resto de partidos de derechas en un *Front Català d'Ordre*, algo que no pudo evitar su derrota. Incluso él personalmente no fue elegido, una circunstancia que atribuyó a «su buena estrella», porque consideraba que le había salvado la vida, pues en otro caso hubiese permanecido en España durante el mes de julio y su destino hubiese sido incierto en tiempos del «Mori en Cambó», que escuchó desde su cama la noche de las elecciones.

Durante la guerra civil vivió en París, Italia y Suiza. Desde el primer momento las noticias de que en Cataluña y en todo el campo republicano dominaban abiertamente los extremistas (los rojos, en la terminología del *Dietari*), que habían iniciado una revolución, le llevó a apoyar, como mal menor, la causa de los sublevados (a los que denominaba los blancos). Contribuyó financieramente, firmó un manifiesto de apoyo, empleó recursos en ayudar a salir de Cataluña a colaboradores y amigos, pagó publicaciones que mejoraban en la opinión pública la imagen de los blancos y daban a conocer los asesinatos y

persecuciones en la zona republicana y escribió algún artículo en la prensa internacional defendiendo la sublevación. Incluso animó a Ventosa a colaborar con las autoridades de Burgos, con la esperanza de que pudiera influir en el diseño futuro del régimen.

Al mismo tiempo, se mostraba escéptico en sus anotaciones diarias respecto a ese futuro. Desconfiaba de las nuevas autoridades, incluido el propio Franco, y de su capacidad para organizar la economía y la política de un modo apropiado para España. Ya en enero de 1937 sostenía: «que en España, al final de la guerra civil, tendremos una dictadura no ofrece ninguna duda... Hasta está el dictador». Su esperanza la cifraba en una restauración monárquica en la persona de don Alfonso XIII o de su hijo don Juan, con los que reanudó relaciones entonces. Pero era algo que fue viendo cada vez más difícil, porque se fue convenciendo de la capacidad de Franco para resistir.

El comienzo de la Segunda guerra mundial lo sumió en un completo pesimismo. Por primera vez pensaba que la guerra haría más daño incluso que una revolución. Empezó a sentirse prisionero en Suiza y más cuando la guerra se extendió hacia occidente, acabó con la derrota de Bélgica, Países Bajos, Dinamarca, Noruega y Francia, e Italia entró en ella. Decidió entonces alejarse marchando a América.

El 7 de junio de 1940 volvió a Barcelona por primera vez desde julio de 1936. Después viajó a Madrid y Estoril, donde se estableció hasta final de julio con viajes esporádicos a Madrid y Barcelona. Se entrevistó en Madrid con Serrano Suñer y en Estoril con Gabriel Maura y Gil Robles. En agosto embarcó en el *Excalibur*, rumbo a Nueva York. Ya nunca regresó a Europa. Permaneció en Estados Unidos hasta marzo de 1941 y entonces se dirigió a la Argentina, donde se estableció hasta su muerte el 30 de abril de 1947, cuando preparaba el viaje de regreso a España.

CAMBÓ Y LA ECONOMÍA

Para concluir, permítanme unas palabras sobre Cambó y la economía, que serán breves porque es asunto tratado con detalle en el libro en proceso de publicación. Naturalmente, puedo ampliarlas en el coloquio, si alguien tiene interés.

Es cierto que Cambó no fue un economista en sentido estricto. Pero su interés por la economía como disciplina fue continuo, e incluso creciente, a lo largo de su vida, hasta el punto de que algún tiempo antes de morir estaba preparando, junto a sus Memorias, una *Historia de la economía española*, para la que ya había encargado documentación a su secretaria y puesto a trabajar a algu-

nos colaboradores. Además, sus análisis sobre distintos aspectos de la economía española hasta la guerra civil, publicados en prensa o desarrollados en conferencias, estuvieron entre los más influyentes en la formación de la opinión pública.

Por último, desempeñó dos carteras ministeriales de contenido económico, Fomento y Hacienda, y en ambas dejó una herencia que marcó a la economía española durante decenios. En Fomento, por ejemplo, su apuesta por la nacionalización de los ferrocarriles inició el debate sobre el tema, que culminaría con la creación de Renfe tras la guerra. En Hacienda, su Ley de Ordenación Bancaria estuvo vigente hasta 1946 y su arancel de 1922 no fue sustituido hasta 1960.

Por todas estas razones tiene interés estudiar las ideas que Cambó tenía en relación con la economía. Su formación en la disciplina no era académica ni provenía de la Universidad, sino que era producto de las lecciones obtenidas de su propia experiencia y de lecturas, como hombre inteligente, cultivado y reflexivo que era. En definitiva, fue un autodidacta en la materia.

Su vida pública fue rica y variada y, en relación con la economía, él había pasado del entorno de una Cataluña donde primaban las pequeñas empresas textiles y había escasos bancos de reducido tamaño en las dos primeras décadas del siglo veinte, al gran juego internacional de financieros, sociedades de inversión multinacionales y grandes empresas, a partir, aproximadamente, de 1920. Eso cambió su visión y le hizo transitar desde ser un joven intervencionista hasta un liberal en su madurez.

En los primeros años le preocupaban las limitaciones que veía en las pequeñas empresas para subsistir; eran problemas como el crédito, los transportes o los aranceles, en los que el poder público tenía margen de actuación. En ese contexto, un hombre activo y lleno de iniciativas, como Cambó, era natural que se convirtiera en intervencionista.

El ambiente internacional de la primera guerra también lo propició, porque la prolongación del conflicto revalorizó el papel de la economía y acentuó el protagonismo de los Estados en la misma. Cambó fue uno de los pocos políticos españoles conscientes de que el fin de la guerra representaría un cambio sustancial en el papel de los poderes públicos y en las relaciones económicas internacionales. Iba a comportar riesgos, pero también oportunidades con actuaciones resueltas de los gobiernos; España estaba en óptimas condiciones para aprovechar la situación, al no haber sufrido apenas y tener una moneda fuerte.

Sus ideas hasta entonces encajan en lo que se ha llamado en la teoría de la política económica, intervencionismo táctico o parcial. Se trataba de dar respuestas específicas a problemas concretos. Al comienzo del libro sobre su

experiencia en Fomento describía Cambó su satisfacción por la amplitud de funciones del ministerio que le habían encomendado, porque en él podría emprender, decía, «la intensísima acción de Estado» que venía reclamando.

A partir de los años veinte, su nueva situación personal le lleva a contemplar la economía desde una óptica distinta, en la cual la dimensión internacional y las cuestiones financieras adquieren otro valor y le hacen tomar conciencia de la complejidad y la interrelación entre los fenómenos económicos. Progresivamente, un tono más liberal y menos proclive a tentaciones intervencionistas se fue abriendo paso en sus escritos.

Empezó a desconfiar de las soluciones rápidas y fáciles que proponían los intervencionistas –y él mismo había defendido pocos años antes– y se aproximó a la ortodoxia liberal. Tras la crisis de 1929, le preocupaba el prestigio que parecía estar alcanzando de nuevo el intervencionismo, porque consideraba que todas las crisis mueven a incrementar la intervención pública.

De ahí el peligro en que se estaba, incluso en España, donde la crisis era solo una miniatura de la internacional. En relación con España, ya había hablado en varias ocasiones de que los excesos del intervencionismo practicado por la Dictadura y la República eran causa del atraso de la economía española. Pero fue en una conferencia de 1935, *Crisis económica e intervencionismo del Estado*, –«la última gran conferencia de su vida», dice Pabón– donde hizo más claramente explícita su defensa de la economía liberal y su rechazo del intervencionismo.

Había dejado de confiar en que la ingeniería económica y social fuera un expediente fácil y no reclamaba, como en los años diez, la intervención del Estado para cada uno de los problemas que descubría. Era conocedor de las limitaciones del poder político porque lo había ejercido y, como hombre viajado y reflexivo, había contemplado de cerca los fracasos de la política en otros países. Tenía, en definitiva, una perspectiva amplia de la realidad y sabía que el mundo era más complejo de lo que pensaba unos cuantos años atrás, en aquellos momentos en que se sentía capaz de convencer y conducir a todos por el camino que él imaginaba.

Junto a estas causas de fondo, operaba otra más inmediata y era la confianza que mostraban todos los hombres de Gobierno en ser capaces de solucionar los problemas que tenían delante, confianza infundada casi siempre («Yo he sido gobernante y he padecido la misma enfermedad», confesó). En sus *Meditations*, acaso por lo íntimo del texto o por todo lo que ha visto después de 1935, es todavía mucho más rotundo en su defensa del liberalismo económico.

Muchas gracias